

## Editorial

# Una fiesta enraizada en el carácter gijonés

Gijón cuenta con más de doscientos setenta mil habitantes, de los que más de doscientos treinta mil pertenecen a una asociación, a un club o a una entidad cultural o recreativa. La actividad asociativa gijonesa, que podría empezar por el Sporting y seguir por el Grupo de Cultura Covadonga, el Club Natación Santa Olaya, el Centro Asturiano de La Habana, el Club de Golf, el Club de Tenis y tantos otros, no tiene, probablemente, parangón en toda España. Es una sociedad que se asocia con la naturalidad de unos habitantes abiertos a los demás y dispuestos a solidarizarse con sus convecinos.

Por ese carácter gijonés tan proclive al asociacionismo, se puede comprender mejor el éxito de las fiestas de Carnaval, el popular Antroxu, al que se suman las gentes con el entusiasmo de quienes desean dejar atrás los inviernos norteños y saludar a la inminente primavera, circunstancia que en esta edición de los festejos se acentúa aún más por lo tardío de las fechas. Treinta años después de la recuperación de los festejos, éstos han arraigado en la sociedad local con la naturalidad con la que arraigan en Gijón tantos festejos y celebraciones de todo tipo. Asegurar, pues, que el Carnaval gijonés es un símbolo festivo de la ciudad, como lo pueden ser los festejos de agosto o el callejero saludo a los años nuevos, no es ninguna exageración. Los tiempos que corren parecen ser más proclives al individualismo que al espíritu comunitario, pero la vida social gijonesa demuestra que aún quedan reductos ciudadanos donde lo general priva sobre lo particular. Y nada mejor para ello que los festejos populares, en los que cada uno da rienda suelta a su buen humor y a su imaginación.

Se cumplen treinta años de la recuperación de las fiestas carnavaleras, por lo que al menos ya dos generaciones de gijoneses han nacido y crecido con las fiestas del comienzo de la Cuaresma. También se cumplen veinticinco años de la Tertulia Feminista «Les Comadres», cuyos premios han alcanzado un arraigo estimable que demuestra el poderío de la tertulia y el acierto en la concesión. El jueves contó el evento con una portavoz cualificada, María Teresa Fernández de la Vega, ex vicepresidenta del Gobierno de España y consejera de Estado, que, aun admitiendo las conquistas alcanzadas desde que el país abrazó la democracia y se dotó de una Constitución, subrayó la existencia de flagrantes desigualdades de género en buena parte del mundo. «Hemos hecho un recorrido importante y ha habido avances, pero nos queda un largo camino que vamos a recorrer», afirmó.

El vigésimo quinto aniversario de la Tertulia sirvió asimismo para homenajear a Paz Fernández Felgueroso, que se encuentra en sus últimas semanas como alcaldesa de Gijón. La Alcaldesa, como bien es sabido en la buena memoria local, ha sido siempre una política que apostó por la defensa de los derechos de las mujeres y que hizo de su militancia feminista una de las características principales de su amplio quehacer público.

Son treinta años cumplidos de la recuperación del Antroxu en aquel tres de marzo de 1981, cuando la ciudadanía recobraba la respiración tras el 23-F. Ya entonces, como recordó este periódico, Gijón se echó a la calle con ganas de fiesta. Como se echa estos días en los que la crisis económica golpea con saña a tantos habitantes de la urbe.

La historia local dice que el Antroxu, prohibido en la República y en la Dictadura, siguió vivo en Gijón, en concreto en Cimavilla, donde se celebraban los jueves de Comadres y modestos carnavales contra los que nada pudieron los decretazos de unos y otros. Porque está claro que el espíritu libre y el ansia asociativa de esta ciudad se elevan por encima de cualquier circunstancia, por adversa que ésta sea.

Gijón se ha metido de lleno, un año más, en el Antroxu, y la fiesta ya iniciada va a proseguir hasta el martes, en un largo y prolongado fin de semana para el que, por fortuna, se pronostica tiempo seco y soleado. Las charangas están dispuestas, las carrozas están preparadas y el buen humor ciudadano se apresta a olvidar penas y apostar por la felicidad propia y de los más cercanos, y hasta de los ajenos. Gijón considera un bien de interés general las fiestas que ya navegan entre el jolgorio de una sociedad que se siente libre.